

§ III

EL MONTE SION.

Febrero 10.

A la madrugada vinieron á llamar á la puerta de mi celdilla, Jusuf y Procacci (el sacerdote italiano que habia sido compañero mio de Jaffa á Jerusalem). Levantéme á toda prisa, tomamos el café y salimos del hospicio. Atravesamos algunas calles desiertas, cruzadas solamente de vez en cuando por mujeres veladas, cubiertas con sus largas sábanas, que parecian en medio de la soledad y del silencio espectros envueltos en blancos sudarios. El empedrado de las calles es malísimo, y el transeunte, además de sufrir por las desigualdades del pavimento, á cada paso se mira á pique de caer, pues el calzado resbala sobre la superficie lisa de los peñascos que forman la vía pública. Por todas partes se miran muladares y fangos, y de aquellas estrechuras, costeadas por paredes sin ventanas, se levanta punzante fetidez, fetidez que por otra parte es comun á todas las ciudades orientales.

Llegamos á un cuartel turco que tiene una gran puerta de entrada, y á los lados dos torres. Es la fortaleza de la ciudad, llamada comunmente, *Torre de David*, por ocupar el lugar donde se levantó esta. En la Edad-Média llevó, no se sabe por qué razon, el nombre de *Torre de los Pisanos*. Como se necesita permiso especial del gobernador de Jerusalem para entrar en la fortaleza, y no lo llevá-bamos, nos limitamos á contemplarla desde fuera, consolándonos con saber que su interior ofrece poca importancia.

Por fortuna habia venido con nosotros un lego saboyano llamado Pedro, el cual en aquella ocasion habia querido servirnos de guía.

Por consiguiente las funciones de Jusuf quedaron por entonces suspensas, con gran satisfaccion y ventaja de nuestra parte.

El hermano Pedro nos hizo notar que hasta una altura como de cuatro metros del suelo, la construccion está formada por enormes trozos cuadrilongos de piedra, que denotan una alta antigüedad.

—Este es, nos dijo, el único resto que se conserva del edificio construido por el Profeta-Rey, y que los libros sagrados llaman *turris Davidica*. Los musulmanes dan á esta parte del edificio el nombre de Oratorio de David.

Cuando David subió al trono de Israel, el monte Sion no pertenecia todavía á los israelitas. Al llegar Josué á esta tierra, habia un rey en Jerusalem llamado Adonibesec, el cual fué vencido por el general de los hebreos y destituido de su trono. Los antiguos moradores de la ciudad, llamados jebuseos, permanecieron sin embargo, poseedores del monte Sion, aun despues que los israelitas se apoderaron de la ciudad y la habitaron como suya.

David arrojó á los jebuseos de esta última posesion, y elevó aquí una torre con obreros mandados por Hiram, rey de Tiro. Antes de este tiempo, Jerusalem era una ciudad sin preeminencia ninguna en Israel. David la hizo prosperar y la convirtió en capital del reino. Aquí fué conducida el Arca, despues de cincuenta años de estar encomendada á los levitas en un pequeño pueblo de Judá. David dispuso entonces que los levitas se encargaran de administrar justicia y de cuidar de las cosas de la religion. Seis mil levitas eran magistrados. Dos mil cuatrocientos cuidaban el Arca, cuatro mil del tesoro, y cuatro mil finalmente, cantaban dia y noche las alabanzas de Jehová. Aquí fué donde David, músico y poeta, compuso los cantos del templo (salmos) é inventó instrumentos músicos.

—Poco interes, prosiguió el hermano Pedro, presenta el interior de la fortaleza. Lo único que se mira son los cimientos de tres torres, construidas por Herodes el Grande: la torre de Hípicos, la Mariana y la Fasael. Cuando Tito destruyó la ciudad, las encontró de tal ma-

nera notables por su formidable fortaleza, que determinó dejarlas en pié, para que las generaciones futuras admiraran el poder de los romanos, que habian sabido tomar por asalto ciudades que tenian tan tremendas defensas. Fueron demolidas en el siglo XIII por un príncipe de Damasco. Mas tarde han sido levantadas sobre sus cimientos construcciones mezquinas, que nada tienen que ver con la grandeza de las antiguas.

Después de habernos dado el hermano estas curiosas noticias, echó á andar adelante, y parándose á poca distancia y tendiendo la mano, nos dijo:

—Este es el lugar que ocupaba la casa de Urias. Aquí fué donde Betsabé, su mujer, se bañaba, cuando David paseando por el terrado de su palacio, la miró, y concibió por ella repentina pasión criminal y funesta.

David hizo perecer en la batalla al marido de Betsabé, y tomó por mujer á esta. Entonces el profeta Natan hizo saber á David que la cólera de Jehová se habia encendido en su contra, y le refirió aquel apólogo del rico que despojó al pobre de la única oveja que tenia. Al oír el apólogo indignóse David y prorumpió en exclamaciones contra el rico. Entonces Natan le anunció la muerte del hijo de su pecado que habia concebido Betsabé. David lloró su culpa, entonando aquel majestuoso *miserere* que hace estremecer las carnes de espanto, y se tiró en el suelo, y ayunó, y cubrió su cabeza de ceniza, rogando á Dios por la vida de su hijo. Pero su hijo murió, y entonces David elevó cantos de sumisión á Jehová, y compuso aquellos salmos sublimes, que forman una de las mas grandes glorias del Rey-poeta. Mas tarde Betsabé concibió nuevamente, y dió á luz un hijo que fué agradable á los ojos de Dios; este hijo fué Salomon, el mas sabio de los hombres.

Seguimos marchando, y el hermano Pedro á nuestra cabeza. Detúvose delante de un templo protestante, y nos dijo:

—Aquí estuvo el palacio de Herodes el Grande.

Seguió marchando, y sin detenerse nos mostró á la izquierda tres pequeñas capillas, diciéndonos:

—Aquí fué donde Jesucristo, después de su resurrección, se apareció á las tres Marías y les dijo: «yo os saludo.»

Mostrónos también el sitio donde la tradición asegura haberse levantado la casa de Santo Tomás.

Torcimos á la derecha, y al fin de un callejón llegamos á un convento armenio, cuya iglesia está edificada sobre el lugar que ocupó la casa del gran sacerdote Anás. Allí fué donde Jesucristo, interrogado por el gran sacerdote y habiendo respondido con la elevación adecuada á su misión sublime, recibió un bofetón en el rostro de mano de uno de los arqueros presentes.

Visitamos la catedral armenia, dedicada á Santiago el Mayor, sobre el lugar donde sufrió ese apóstol martirio, después de su regreso de España, adonde habia ido á predicar el Evangelio. Unidos á la catedral hay un hermoso colegio y un vasto hospicio para los peregrinos. Muy cerca está la puerta de la ciudad llamada Bab-es-Sahium (puerta de Sion), ó Bab-el-Nabi Daud (puerta del profeta David). Por ella salimos, y á pocos pasos encontramos una gradería. Aquí fué donde la tradición oriental refiere que fueron detenidos los apóstoles por muchedumbre de judíos enfurecidos, cuando llevaban al sepulcro el cuerpo de la madre de Dios. Un sacerdote judío que se atrevió á tocar el féretro, quedó con la mano adherida á él, y sus compañeros cegaron. Asustados por este castigo, se arrepintieron de su crimen, se convirtieron al cristianismo, y restituidos á la salud por intercesión de los apóstoles, fueron todos bautizados.

A poca distancia, en un convento armenio, aislado por todas partes, se encuentra el lugar donde estuvo la casa de Caifás. Allí, Jesucristo fué interrogado por el gran sacerdote, pasó la noche entre el jueves y el viernes santos, y fué negado tres veces por San Pedro. Una pequeña capilla designa el lugar preciso donde Jesucristo pasó la noche, y uno de sus altares tiene la parte superior formada

por la piedra que cerraba el Santo-Sepulcro. Saliendo de esta iglesia se miran algunos cementerios. Cerca de ellos, la tradicion señala el lugar que ocupó la casa donde habitaron la Virgen y San Juan despues de la muerte de Jesus. Noticias ciertas é indudables sobre la vida de la Virgen despues de la pasion de Jesucristo, no se tienen; pero las tradiciones que se conservan en Palestina sobre su vida y su muerte, son mas respetables que las opiniones de algunos que sostienen haber la Santa Madre emigrado á Éfeso y muerto allí, pues tales opiniones están destituidas de todo apoyo de la tradicion ó la historia.—

No muy lejos, hay un grupo de habitaciones, sobre el que se levanta una cúpula cubierta de plomo. Los musulmanes dan á estas casas el nombre de *casa de David*, sin que se conozca la razon por que se lo atribuyen. Nos dirigimos allí. Llamamos á la puerta y vino á abrirnos un turco de mala catadura. Pedímosle permiso por intermedio de Jusuf, para entrar á visitar la mezquita, y nos lo negó redondamente, dándonos con las puertas en la cara. Contrariados y llenos de disgusto, retrocediamos para alejarnos, cuando el hermano Pedro, aunque en detestable árabe, le prometió una buena propina. No hubo entonces dificultad ninguna, y las puertas de par en par se nos abrieron. Entramos entonces, y el lego saboyano se echó á chancarse con el turco dándole palmadillas en el hombro y tirándole á las veces de la barba. Temia yo que aquel genízaro se impacientara á consecuencia de la llaneza con que era tratado; pero con grande asombro mio lo ví sonreír y ponerse mas afable á proporcion que las palmadillas y los tirones menudeaban.

El carácter oriental se presta para esta clase de libertades, y los franciscanos, que han estudiado al derecho y al revés todas las cosas en Palestina, se hacen respetar y querer por medio de estos modales, á primera vista un tanto bruscos. Los árabes, por otra parte, son naturalmente respetuosos para con la religion y los sacerdotes de cualquiera especie.

Precedidos por el turco y el hermano Pedro, pasamos por una balleriza, subimos una escalera y nos encontramos en un pequeño patio. Entramos por una puertecilla y nos encontramos en una mezquita, como de ocho metros de longitud sobre cuatro de anchura, y que tiene dos arcos y una columna en el medio, arcos y columna que la dividen de largo á largo en dos partes iguales. Esta mezquita es una antigua iglesia, edificada sobre el lugar donde estuvo el Cenáculo. La disposicion que hoy tiene es la misma que tenia en los tiempos de Jesucristo. Ocupa el piso alto, tiene en el medio la pequeña arquería de que he hablado, y recibe la luz por una ventana abierta en lo alto del muro. Actualmente el piso bajo está convertido en harem de un rico *sheikh*, que, á manera de cura, tiene á su cargo la mezquita y sus habitaciones pegadas á ella. Se dice que el Cenáculo era propiedad de José Nicodemus. Aquí fué donde el Salvador lavó los piés á sus apóstoles, y predijo á Júdas su traicion y su cobardía á San Pedro. Aquí fué donde, próximo á ofrecerse en holocausto por los pecados del mundo, cenó por última vez con sus discípulos é instituyó el Sacramento de la Eucaristía, dando á los presentes á comer de su cuerpo y á beber de su sangre. Puede decirse tambien que aquí fué celebrada la primera misa, en que el Hijo de Dios, víctima y sacerdote, se ofreció él mismo á su Padre como víctima inocente y expiatoria por la salud de los hombres. Despues de la Resurreccion se apareció aquí Jesus dos veces á sus apóstoles, diciéndoles: *pax vobis*; y aquí fué donde Santo Tomás necesitó meter su dedo en las llagas del Salvador para creerlo resucitado. Felices aquellos que no han visto y han creído! Este es el lugar donde el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles. Aquí fué donde aquellos doce pescadores se vieron convertidos en doctores de las gentes, y luces del cielo bajaron á posarse sobre su cabeza. La inteligencia divina irradió sobre sus almas, y penetraron los arcanos de la ciencia, poseyendo, por decirlo así, el núcleo de todas. Entendieron la ciencia de Dios, que es el vértice de los conocimientos humanos, y del Ce-

náculo salieron para derramar sobre el mundo las claridades de su entendimiento. Y por medio de la palabra de Dios plantaron en la tierra la semilla prodigiosa que contenía el germen de la civilización.

Entonces el mundo se encontraba en manos de los sensualistas, que aplicaban á sus labios la copa de la embriaguez y á su corazón la llama de los placeres. Los romanos derrochaban las riquezas del universo en festines insensatos, que no eran para el pueblo esclavizado sino el precio de su abatimiento y su abyección. Los emperadores eran pontífices, y el gentilismo y el sensualismo estaban bajo la salvaguardia del inmenso poder del imperio.

Doce hombres oscuros é ignorantes, discípulos de un llamado loco, de un ajusticiado que murió en un lugar de ignominia, en medio de dos ladrones, se reúnen en este sitio y se proponen salir de aquí á cambiar la faz del universo, á renovar la conciencia humana dándole nuevas creencias, y á luchar cuerpo á cuerpo con el poder político-religioso de los señores del orbe. Y ponen en práctica su intento, se derraman por la tierra, y se mezclan con todas las naciones, llevándoles en su palabra la *buena nueva*, y caen bajo el hacha del verdugo; pero dejan ya minado el pedestal donde se asienta el coloso romano, y muy en breve el coloso carcomido y decrepito se desploma para hacer lugar á un nuevo mundo, mas jóven, mas libre, mas civilizado y mas feliz. —

El Cenáculo era antiguamente iglesia católica. Los musulmanes se la apropiaron, diciendo que en aquel sitio ó sus inmediaciones, se encontraba la tumba del profeta David, que ellos querían honrar á su modo. Un manuscrito antiguo refiere que en el convento franciscano que se halla junto al Cenáculo, estaba la tumba del Rey-Profeta. La Escritura no dice mas sino que David fué enterrado en el monte Sion. Los musulmanes designan una construcción nueva como la tumba de David, aunque dicen que las cenizas de este profeta reposan bajo el monumento á una profundidad inmensa, donde jamas hombre alguno puede penetrar.

Visitado el Cenáculo, nos dispusimos á salir de allí precedidos por el lego saboyano, que llevaba del brazo al turco portero. Antes de haber franqueado el umbral de la puerta, pasamos por el medio de una doble fila de hombres, mujeres y niños, toda la familia de los guardianes, que tendían á nosotros la mano pidiéndonos propina. Por consiguiente, salimos por aquel camino menudeando las piastras á diestro y siniestro.

Retrocedimos hasta la puerta de Sion, y siguiendo á lo largo la muralla, por la parte de afuera, pasamos por debajo de un secular acueducto que lleva el nombre de Salomon, y llegamos á un punto donde la mesa de Jerusalem concluye. Bajamos un poco por la falda de la montaña, que tiene allí un declive rápido, y nos encontramos en una gruta natural formada en la roca. Esta es la cueva de San Pedro, y aquí fué donde se retiró el apóstol á derramar lágrimas de arrepentimiento despues que tuvo la cobardía de negar tres veces á su Maestro. San Pedro tenía un carácter ardiente é impetuoso, capaz de las mayores abnegaciones y de las debilidades mas grandes. Sin embargo, él fué uno de los que mas amaron á Jesucristo, y por eso fué instituido piedra angular de la Iglesia de Dios.

En esta cueva existió en otro tiempo una iglesia, llamada de San Pedro en Galicanto; ahora no es mas que una gruta abandonada, que no conserva rastro de construcción ninguna. Allí encontramos dos árabes que hacían su modesta comida, compuesta de hojas de col cruda salpicadas de sal. Los árabes son muy frugales; no comen mas que una vez al dia, y es muy raro que tomen carne. Esto no impide que sean muy robustos y hermosos, lo que prueba que la salud se encuentra mas bien en la sobriedad que en la gula.

Desde la puerta de la gruta se disfruta una vista hermosísima. A nuestro frente se levanta la montaña del Mal Consejo, así llamada por haber sido allí donde el pontífice dijo que Jesucristo debía morir por el pueblo. A la izquierda está el monte del Escándalo, donde Salomon, ingrato á los beneficios de Jehová, y seducido por las